

La Lectura Popular

PUBLICACION QUINCENAL DEDICADA Á LAS CLASES TRABAJADORAS

LA CAMISA

DEL HOMBRE FELIZ

Quieres Manolillo que escriba un cuento *para tí solo*, y voy á complacerte. Una cosa te pido sin embargo: no mires sólo en estas líneas un recuerdo de quien te quiere mucho; mira también una lección de quien se interesa por tí más todavía.

Eres rico, y te ha dado Dios un claro talento; pero cree, Manolo, que ninguna de estas cosas hacen la vida más *feliz* ni más *buena*. Sólo tu corazón podrá proporcionarte la dicha, si lo conservas como hasta ahora, generoso y bueno. Dijo un poeta, que era al mismo tiempo pensador profundo:

En mí tengo la fuente de alegría
Siempre la tuve... ¡Yo no lo sabía!

Sábelo pues, desde ahora, y no lo olvides nunca. Así no tendrán que enseñarte los desengaños, con penas y lágrimas, la profunda verdad que este cuento te enseña riendo. *El corazón que nada desea ni teme, es el solo que posee la dicha.*

II

No se si leí este cuento ni recuerdo tampoco si me lo contaron, ó si lo soñé quizá en alguna de esas noches de pesadillas y de insomnios, en que la imaginación emprende viajes, semejantes al de De Maistre al rededor de las paredes de su cámara.

Es lo cierto que allá en los tiempos de Mari-Castaña, reinaba en la Arabia Feliz el rey Bertoldo I, llamado el Grande por ser el más gordo de los monarcas de su dinastía. Era su Real Majestad un grandísimo haragan, que pasaba la vida tendido á la larga, fumando *hachisch* y *Latakia*, mientras sus esclavas le espantaban las moscas con abanicos de *marabú*, y sus esclavos le cantaban al son de añafles y chirimías en lengua del Celeste Imperio:

Maka-kachú Maka-kachú
Sank-fú, Sankfú
Chiriví kó-kó.

Sucedió pues, que este *dolce far niente* le ocasionó á su Majestad una enfer-

medad extraña, que de nadie era conocida. Porque cree, Manolo, que la ociosidad todo lo corrompe: el agua estancada se pudre, el hierro se enmohece, la inteligencia se embota, el corazón se seca, el alma se envicia y se pierde. Hízose entonces un llamamiento general de médicos, y acudieron muchos en tropel á la corte, no sin gran disgusto de la muerte, que á todos los tenía ocupados.

Un doctor alemán, discípulo, ó mejor dicho, antecesor de Hanneman, dijo que su Majestad corría grave riesgo de la vida sino diluía tres glóbulos de *pulsatilla* en una tinaja de agua, y tomaba cada siete años una dosis en el rabo de una cuchara; porque era á su juicio aquella enfermedad el terrible *schmarrowoth*, que se apodera en Sijonia de todo el que no quiere trabajar.

Á esto replicaba Mr. Hall, graduado en Oxford, que aquella dolencia se llamaba en Inglés *spleen*; que era hija de las nieblas del Támesis, y que los hijos de la blanca Albion curaban radicalmente de ella, levantándose la tapa de los sesos de un pistoletazo.

Un galeno parisiense, que se rizaba el pelo y citaba á Paul de Kock, opinaba que aquella enfermedad no era otra sino el peligroso *ennui*, y recetó á su Majestad los bailes de Mabile y la música de Offembach.

Llegó en esto un médico gallego, hombre de saber y de pulso, y dijo que á su Majestad se le *había caído la paletilla*, y que no hallaba otro remedio sino un cirle á un buen arado, y sacudirle las moscas con una trailla de cuatro ramales, en vez de espantárselas con plumas de marabú; porque el palo, y no los aforismos de Hipócrates y Galeno, era á su juicio el mejor antidoto contra las desganadas en el trabajar.

Pusieron en práctica las recetas, excepto las del inglés y el gallego, que por ser harto radical la una y demasiado áspera la otra, fueron rehusadas por el Monarca. Mas su Majestad empeoraba de día en día, y vióse al fin á las puertas de la muerte.

Hicieronse entonces rogativas públicas á la usanza de la tierra, afeitándose

los varones la ceja izquierda y las hembras la derecha; por que es achaque de creyentes y de idólatras, no acordarse de Dios hasta que les abandona los hombres.

Publicóse al mismo tiempo un bando ofreciendo la lugartenencia del reino á cualquier hombre ó mujer que presentase un régimen curativo capaz de volver la salud al regio enfermo. Mas nadie se presentaba en palacio, y los cortesanos más sagaces abandonaban ya las antecámaras del moribundo Bertoldo I, para poblar las del futuro Bertoldo II.

Ya parecía perdida toda esperanza, cuando una tarde apareció en la capital como llovido del cielo, un hombrecillo motado en un burro sin orejas, más ligero que Alborak, la yegua de Mahoma Traia en las alforjas el Talmud, y en la mano un paraguas de algodón encarnado, con que se resguardaba de los ardientes rayos del sol.

Apeóse á las puertas de palacio, y dijo que era un médico israelita que se ofrecía á curar al Rey. Salieron á recibirle los grandes del reino, cuyas cabezas peladas presentaban á lo lejos el aspecto de un inmenso panorama de melones blancos. Precedido por tres heraldos llegó á la cámara régia; una media luz reinaba en ella; sobre un estrado que cubría una alfombra de Estambul y ricos tapices de Peria, había un lecho de naear, con cortinas de púrpura de Tiro.

Allí reposaba boca arriba el moribundo rey Bertoldo, cuyos fatigosos resoplidos hacían oscilar, de cuando en cuando, la lámpara de alabastro que iluminaba la estancia. Sobre el gorro de dormir tenía puesta la corona de oro, porque así lo mandaba la etiqueta de la corte; la palidez de su rostro, y lo abultado de sus molletes, le daban á cierta distancia el extraño aspecto de una calabaza coronada. Levantaba su abultado abdomen la rica cachemira que cubría el lecho, y sentado sobre esta eminencia el gato favorito de su Magestad, contemplaba gravemente la agonía del gran Bertoldo I, murmurando algunas sentencias de Plutarco en

su libro *De sera numinis vindicta*.

Examinó el médico detenidamente el pulso del monarca, y ejecutó sobre él extraños signos; clavóle luego en la cabeza una fuerte zanca, sin que el paciente diese muestras de vida.

—Su Majestad tiene la cabeza huera, —dijo el israelita.

Clavóle despues la zanca en el corazon, y el Rey no hizo el menor movimiento.

Su Majestad tiene el corazon de corcho, —añadió entonces el médico.

Pinchóle de nuevo ligeramente en la boca del estómago, y su Real Majestad dió un berrido más agudo que las últimas notas de una escala cromática. Crujieron los artesonados de ébano y oro del techo; los guardias espantados chocaron entre sí sus armas; los heraldos cayeron boca abajo gritando: —¡Solo Alá es grande;— el gato de su Magestad huyó con la cola erizada; los grandes del reino sintieron también erizarse en sus coronillas el hopito de pelo que las adornaba. Sólo el israelita permaneció impassible.

—Su Majestad ha trabajado mucho con el estómago, dijo.

—La Sabiduría habla por tu boca, respondió el primer ministro.

Consultó entonces el médico un libro extraño, de vivísimos colores, en que se veían pintados los signos del Zodiaco. Trazó en él círculos misteriosos y caracteres indescifrables, y declaró al fin que su Magestad moriría sin remedio, si antes de que llegase al plenilunio el cuarto creciente de la luna, no se le había vestido la camisa de un hombre feliz.

Creyeron los palaciegos facilísimo el remedio, y abandonaron las antecámaras del futuro Bertoldo II, para volver á las del presente Bertoldo I, en cuyas sienes veían de nuevo afirmarse la corona. Sintióse el mismo monarca más aliviado con esta esperanza, y pudo merendar aquella tarde tres gazapitos y un pavo, con algunas otras chucherías; lo cual publicó en un suplemento la *Gaceta de la Corte*, que insertaba diariamente, como artículo de fondo el menú de su Majestad.

Mientras tanto, el médico israelita se escurrió sin decir palabra, y recitando versos del Talmud tomó el camino del Sinaí, desde cuya cumbre pensaba divisar al Mesías que esperaba.

Convocó el gran visir aquella noche al Consejo de Estado, para determinar si la camisa se había de poner á su Ma-

jestad sucia ó limpia, bordada ó lisa, con tirillas á la *Valois* ó con cuello á lo *Currito Cuchares*. La discusión fué animada; alborotáronse los consejeros, dijéronse *Raca*, y hubieran quizá llegado á las manos, si un consejero viejo, cuyo hopito encanecido acusaba su larga experiencia, no hubiese interrumpido el debate, preguntando á los consejeros cual de ellos era el hombre feliz que había de suministrar la camisa, cuyas cualidades se discutían.

Turbáronse todos á tal pregunta, y unos en pos de otros abandonaron el salón, sin responder palabra, porque ninguno creía á su camisa capaz de producir tan maravillosos efectos. Mandó entonces el gran visir echar un pregon en la plaza, ordenando á todos los hombres felices de la capital, que se presentasen en palacio; más ninguno acudió á la cita, y la luna crecía poco á poco, como si quisiese contemplar en todo su esplendor la agonía del monarca.

Publicóse entonces el mismo bando en las ciudades, en las aldeas y hasta en los caseríos; pero todo fué en vano. Desesperado el visir, porque con la muerte del rey Bertoldo se le escapaba la privanza, salió en persona á buscar por todo el imperio el remedio indicado; pero en vano recorrió desde el mar Bermejo hasta el golfo de Persia, y llevó sus pesquisas hasta las escarpadas montañas de la Arabia desierta. El hombre feliz no parecía; ninguno creía serlo en la nación que llevaba por nombre este hermoso título!

Ya de vuelta, sentóse el visir al pie de una palmera, rendido por el cansancio. Su camello daba resoplidos, anunciando el simoun del desierto: á lo lejos veíanse montes de arena que se movían y se levantaban como torbellinos de fuego. Asustado el visir se refugió en una cueva que vió á lo lejos junto á un otero; allí encontró á un pastor anciano, que le ofreció dátiles y un odre de agua.

—¿Qué buscas en esta soledad? —preguntó al magoate.

—Busco al hombre feliz, que no he hallado en la corte, —replicó irónicamente éste.

—¿Á es grande, —repuso con gravedad el viejo. El leopardo del desierto, añadió poniendo su mano sobre el pecho, gusta en su cueva lo que no tiene en su palacio el consilio de los creyentes.

—¿Tú exclamó el visir estupefac-

to.... ¿Tú eres feliz?...

—¡Alá es grande! —repitió el viejo, ¿Pero cómo eres feliz en esta cueva?...

—*Porque ni deseo otra, ni temo perder esta.*

—Pero dónde encuentras tu dicha? preguntó el visir, que no comprendió la profunda respuesta del viejo.

—Dentro de mí mismo.

El visir, alborozado, arrojó á los pies del pastor un saco de zequies, y le pidió su camisa. El anciano abrió sonriendo el sayo de pieles que le cubría, y... ¡oh sorpresa inesperada! ¡oh desengaño cruel!...

¡El hombre feliz, no tenía camisa!...

Luis Coloma. S. J.

LECCION CLARÍSIMA

—(—)

Con mucho gusto publicamos la siguiente carta tomada de nuestro excelente compañero "La Verdad," de Castellón de la Plana:

"Señor director de "La Verdad,"

.....5 de Junio de 1890.

Muy señor mio: Aunque en la noble tarea que se ha impuesto de combatir y desenmascarar á la masonería, ha dicho mucho de las maldades que ella encubre, sin embargo, debo decirle que todavía está usted muy distante de presentarla con toda la horrible deformidad que realmente tiene. Quiera Dios que al dirigirle hoy esta epístola, se abran los ojos de muchos ciegos, como también abrí los míos á tiempo por la gracia divina.

Educado cristianamente por mi santa madre (q. e. p. d.) tuve la desgracia de ser *ilustrado* en un instituto cuyo nombre no quiero recordar, porque allí, en vez de ciencia, aprendí la ruina de mi alma y cuerpo, y también la de mis intereses materiales.

De los labios de mis profesores aprendí que yo no tengo alma, que soy oriundo del mono, que la religión es un mito, que Dios no se cuida del hombre, que mi felicidad está en los placeres acá en la tierra, que la política es el arte de vivir sin trabajar. A estas doctrinas perversas se añadía la maldad de un desertor de Seminario que se ganaba el pan desempeñando el papel de inspector del colegio, y tenía el gusto de pervertir nuestros tiernos corazones con máximas de una lujuria refinada que le brotaba por todos sus poros.

Calcule usted como saldría yo del instituto, con un título de Bachiller en la mano, mucha ignorancia en el entendimiento y muchos vicios en el corazón.

Mi pobre madre que sabía mis camias torcidas, se esmeraba durante mis vacaciones predicándome el amor á la virtud y á la piedad, y yo, que me había aprendido unos pár-

rafas retumbantes de Castelar, seguidos de cuatro palabrotas á la libertad y al progreso con unos cuantos diharachos contra los curas, beatas y ultramontanos; contestaba á mi madre con este discurso que casi siempre la arrancaba lágrimas de dolor y pena al verme tan rematadamente perdido.

Yo conocia todo el alcance de aquellas lágrimas, y en vez de abandonar la mala vida que llevaba, me revolvia contra la que me dió el ser, maltratándola con las palabras que más podían afligirla: más de una vez llegué á desear su muerte para que no me reprendiera los vicios que embrutecian mi corazón.

Refiero estos antecedentes para que los padres de familia vigilen á sus hijos, y cuiden de darles una educación esmeradamente cristiana, si quieren evitar disgustos y evitarlos á sus hijos; y para que se vea por qué caminos me encontré muy bien dispuesto para ingresar en la masonería.

Así dispuesto, marché á..... para estudiar la carrera de letrado. Los cuatro años que allí cursé me valieron cuatro calabazas. Todo el tiempo empleaba en bailes, teatros, cafés, clubs, y sobre todo, en casas de perdición y juego.

Llegué á un estado de perversion, que solo me alegraba ver el mal y hacerlo.

En este estado lastimoso, tropecé con un joven mason que muy pronto me hizo ingresar en la masonería.

Lo que vi y oí, lo diré en otra carta; hoy quiero fijarme en un hecho escandaloso que presencié y determinó mi salida de la secta malvada.

Luego que fui h.: Aprendiz me hicieron concebir un odio tan feroz contra Jesucristo y el Papa, que ahora solo de pensarlo me espanta. Con todo, yo nunca abandoné la devoción que me enseñó mi madre cuando era niño, de rezar todos los días una salve á la Virgen de los Dolores.

En esto hube de ir á Paris, y llevé en mi cartera el diploma de mason. Al llegar á la ciudad de los pecados me di á conocer, y pronto los masones, me invitaron á sus *tenidas*. Lo que en una *tenida* presencié voy á decirlo, para escarmiento de hipócritas.

Ante todo se habló mucho contra los padres jesuitas; (era en tiempo de expulsión) no puede usted figurarse el odio que los masones profesan contra aquellos religiosos. Unos querían asesinarlos, otros pedían calma para no extremar el ataque y destruirles poco á poco con seguridad. Allí se tramó entre tanto una calumnia, que al día siguiente leí en muchos periódicos.

Terminada esta discusión á favor de los prudentes procedieron á un acto que me horrorizó.

Puestos todos de pie, sacaron un Crucifijo de grandes dimensiones, y lo tendieron en tierra delante de la mesa de la presidencia. Me sorprendió ver un Santo-Cristo en una logia, pero esperé á ver en que paraba aquello. Despues de un silencio sepulcral de unos minutos, el presidente dijo estas blasfemas

palabras: "hermanos: vamos al infierno."

Al instante ví que empezaban á desfilar, y al llegar al Crucifijo levantaban el pié, proferían blasfemias horribles y luego le pisoteaban con furia; pasaban otros y hacían lo mismo; pronto debia ir yo; ¡que sudores! que agonía pasé! por que aunque yo era malo, aquella acción villana me repugnaba. A esto se reduce, decia para mí, la libertad, fraternidad, justicia, virtud y beneficencia masonica? Por último me tocó el turno, me acerqué, la sangre se me helaba, mi cabello estaba erizado, la tierra me faltaba bajo los pies pensé retroceder, pero temí perder la vida: me adelanté, levanté el pié, y.... ¡perdon Jesús mio! yo tambien pisé sin decir palabra, pero procuré pisar al lado sin tocar el Crucifijo.

Terminada esta criminal ceremonia, solo deseaba salir de aquel infierno de condenados, pero tuve que presenciar otra escena que solo de referirla ahora me parte el alma de dolor.

Retirado el Santo Cristo, presentaron una Virgen de los Dolores. Entonces se apoderó de mí una agonía mortal; yo, en medio de mi depravacion, amaba á la Virgen. Cuando vi á un mason delante de la Virgen y darla de besetadas, y á otro que la escupia al rostro y otros que hacían acciones tan deshonestas que no me atrevo á describir por respeto al lector, y otros que proferían blasfemias tan infernales que nunca yo habia oído; y todo esto se repetía con rabia y furor por todos los masones que pasaban por delante de la Virgen; yo no pude resistir. Por mi mente cruzaron mil ideas siniestras; instintivamente tiré del revolver para asesinar á los verdugos de la Virgen que yo amaba, pero al darme razon, lo devolví al bolsillo: yo podia matar á uno, pero era al instante asesinado.

El mason que tenia á mi lado notó la palidez de mi rostro, y me preguntó: ¿qué tienes estás enfermo? sí, contesté al instante, sácame fuera que me muero; salí cuando solo faltaban tres para que yo fuera á escupir á la Virgen. No la escupí. ¡Cuanto me alegro!

Apenas llegué á la calle, sin saber por qué prorrumpí en un llanto amargo. Aquella noche no pude dormir, la pasé llorando, yo estaba fuera de mí, en mis oídos sonaban durante la noche todas las blasfemias oídas, con los ojos de mi imaginacion veía aquellas acciones deshonestas que hacían los masones, las pisadas al Santo Cristo, y todo aquel conjunto horroroso é infernal que inspiraba el mismo Satanás.

A la mañana siguiente fui á buscar un padre jesuita, hice confesion general y renegué de la masonería. La Virgen de los Dolores me salvó y me conserva ahora en la Religion Católica. Solo le pido que si alguna vez he de verme mason, me quite la vida antes de cometer tal crimen.

Desde entonces, ni he vuelto á las logias, ni he saludado á ningun mason.

Quiera Dios que esta carta abra los ojos á tantos incautos que no saben, donde la masonería les conduce.

Soy de usted, señor director, con toda atención, su seguro servidor q. b. s. m.,

Un ex-masón,

UN CORAZON CRISTIANO

Ha muerto D. José Maria Muñoz el llamado héroe de la caridad. Queremos referir á nuestros lectores algunos rasgos de la vida de este hombre de corazón esforzado, primero para edificación (pues bueno es publicar las virtudes cuando tanto se cacarean los vicios) y segundo para demostrar que los hombres verdaderamente extraordinarios casi todos son hombres de fé: más claro; que la impiedad es *cursi*.

D. José Maria Muñoz nació en Cabezuela provincia de Cáceres en 1814, fué hijo de una familia cristiana que le educó á la antigua española; ó lo que es lo mismo, rezando el rosario y creyendo en Dios. Terminados sus primeros estudios entró en el Seminario de Plasencia mas no bien habia comenzado su carrera de Sacerdote cuando su padre, que en la guerra civil habia tomado las armas contra el liberalismo, fué hecho prisionero y fusilado por las tropas de la Regente. Exasperado el joven Muñoz por este golpe, abandonó los estudios y se lanzó al campo á pelear para ocupar el puesto de su padre. Una vez allí, empezó á demostrar la grandeza de su alma. Á la hora de batirse se batía como leon, más al ver luego los efectos de la guerra su alma cristiana se entristecía y su rostro se bañaba en lágrimas. A poco de hallarse en el ejército de D. Carlos, fué hecho prisionero en la batalla de Arlabon un oficial de la legion francesa que ayudaba á las tropas cristinas. Próximo á sufrir la última pena estaba ya el desdichado oficial, cuando Muñoz quitándole rápidamente el kepis y sustituyéndolo con su propia boina, toma al prisionero, lo presenta al general y le dice: "Este oficial se me presentó pasado, y fué destinado á un batallon de franceses carlistas." El oficial quedó salvo.

En Arcos de Navarra las tropas de Don Carlos hicieron prisioneros á otros tres oficiales enemigos; era lo más encarnizado de la guerra; no habia cuartel, debían morir. Muñoz era el encargado de realizar la ejecución. Nuestro héroe toma un peloton de soldados de su confianza, conduce á los prisioneros á un sitio apartado y aprovechando la soledad producida por un inmenso aguacero que caía, despues de hacer que sus soldados disparasen al aire levanta del suelo á los prisioneros, les abraza, les dá 18 reales que llevaba y les indica el camino por donde podían escapar diciéndoles: "La Virgen de los Desamparados, lo mismo protege á los carlistas que á los cristinos."

Así vengaba Muñoz el fusilamiento de su padre.

Terminada la guerra viajó por varios países, se casó, desempeñó destinos, emprendió negocios afortunados, y por último llegó á hacer un capital.

Pero el Muñoz capitalista habia de ser como el Muñoz soldado.

En una ocasion, para pagarle en América una deuda de diez mil duros, le adjudicaron unos esclavos: Muñoz aceptó la cesion, dió la carta de pago y despues otorgó á los esclavos otra de su libertad quedándose sin esclavos y sin dinero.

Respecto á los rasgos de desinterés y abnegacion llevados á cabo en el último periodo de su vida diremos poco por ser harto conocidos. Establecido en Alicante, no ha habido obra de caridad realizada en muchas lenguas á la redonda, en que no haya tenido parte el dinero de Muñoz. Cien camas completas y toda la ropa, mobiliario y medicamentos para cien leprosos de la Marina; construccion de escuelas para niños, construccion de casas para los pobres; adopcion de huérfanos, socorro de menesterosos; donativos para toda clase de necesidades y últimamente socorros á los inundados de nuestras tres provincias de levante, en las cuales llegó á distribuir en monedas de oro muy cerca de setenta y cinco mil duros.

Este fué Muñoz.

Esta fué su vida.

Su muerte no podia ser sino la de un cristiano.

Muñoz recibió varias veces los Santos Sacramentos y al cerrar sus ojos descansó en brazos de la religion.

Dios le haya coronado con la corona de gloria que no se marchita jamás.

A. C. y G.

VARIEDADES

Progresistadas

Segun leemos (con permiso de la autoridad eclesiástica) en un periódico liberal, ha sido denunciado al fiscal de la Audiencia de Játiva, el cura de Beniopa porque dice que dicen que dijo en el púlpito que la imágen de san Roque de aquel pueblo manaba sangre.

Los liberales son de oro.

Empezaron por decir que los curas no debian meterse en política; despues que no debian hablar contra el liberalismo y ahora ya se atreven á poner puntos y comas á los sermones de san Roque. Dentro de poco saldrá una ley reglamentando la manera de decir misa y despues otra mandando cerrar las Iglesias.

Se entiende, las católicas: pues las protestantes, masónicas, y anarquistas permanecerán abiertas como lo están ahora para blasfemar, disparatar y atacar cuanto hay de sagrado en el cielo y en la tierra á presencia de los delegados de la autoridad.

¡Oh liberalismo como enseñas el... cutis!

Pero vamos á ver: Yo quiero suponer que fuera verdad que el cura de Beniopa hubiese dicho que san Roque sudaba sangre. ¿Y eso á ustedes que les importa?

Y digo que no les importa: primero porque el hecho podia ser cierto; pues los milagros solo los niegan los progresistas y los tontos.

Y segundo, porque aun no siéndolo, la autoridad eclesiástica y no la civil era la llamada á corregir la falta que pudiera haberse cometido en el sermón.

Pero no hay que darle vueltas; en ponerse un hombre el morrion y entonar el himno de Riego, ya se sabe; pepino seguro.

¡Con los progresistas y que cosas tienen!

Un consuelo

Hemos tenido el gusto de ver publicada en varios periódicos la siguiente carta que copiamos de nuestro estimado colega "El Siglo Futuro."

Sr. D. Ramon Chies. Madrid.

"Muy señor mío: Mi amistad con varios libre-pensadores, entre ellos el difunto Garcia Vao, y la corriente del siglo en que vivimos, me hicieron libre-pensador, y publicar, en el periódico que usted dirige, y en el "Verán Ustedes!", artículos y poesias, firmados unos y sin firmar otros, en los que atacaba á la Religion del Dios único y verdadero, y me mofaba de las cosas sagradas. Dios me ha inspirado; arrepentido de todo corazón, al hacer pública la retractacion de mis errores, creo cumplir un deber de conciencia, á la par que hago patente que la verdad y la razon se abren paso aun en las densas tinieblas. Seguramente, mi carta será arrojada al fondo de la papelería despues de calificativos poco dignos para mí; pero nada supone eso; cumplo con un sagrado deber que satisface á mi alma, y aunque no aparezca en las columnas de "Las Dominicales", como otras cartas, acaso produzca sumo fruto. ¡Ojalá sirviera de ejemplo mi conversion á los que piensan como yo pensé!

Esperando aparezca ante sus ojos la verdad, queda suyo afectísimo seguro servidor que besa su mano.—Miguel Martinez y Fromes."

¡Demos gracias á Dios! Entre tanto desertor como hoy se aparta del rebaño de Cristo, no faltan corazones que rendidos al peso de la verdad, vuelven otra vez al redil del Buen Pastor. Quiera Dios que el ejemplo del señor Ma tinez Fromes haga abrir los ojos á muchos infelices para que vean donde están metidos y puedan salir á tiempo de las garras del lobo y cantar el himno de la verdadera libertad.

UN CONSEJO

Quando el dolor con implacable saña lacere tu sencillo corazón: cuando el mundo introduzca su cizaña en el campo feliz de tu ilusion.

Quando, aleve, la mano del destino tu esperanza se afane en destruir y de espinas y abrojos tu camino la desgracia complázcase en cubrir.

No tu mente á la voz de hondos agravios conciba bochornosa maldicion:

haz que ésta se disipe y á tus lábios asome convertida en oracion.

Ora y padece, amigo; no inseguro tu ánimo ante el dolor esté jamás, que á cada golpe del martillo duro el yunque vibrador reluce más.

Ora y padece, sí; nunca maldigas á Dios porque consienta tu dolor, y sé como las dóciles espigas que prestan beneficio al segador.

Ora, sí, cuando el mundo haga, incolemente, ludibrio de tu tétrica inquietud y abrigo solo en tu abrasada mente ideas de cariño y de virtud.

Haz que brille en el fondo de tu alma la espléndida aureola de la fé: solo así lograrás que en dulce calma tu espíritu doliente siempre esté.

Y del mundo el sarcasmo cruel é impuro recibe en tanto, sin dudar jamás, que á cada golpe del martillo duro el yunque vibrador reluce más.

Venancio Serrano Clavero.

BIBLIOGRAFIA.

EL EJEMPLO DE UN GRAN REY. Estudio sobre la influencia de la conversion de Recaredo en la unidad religiosa, política, y social de España por D. Ramiro Fernandez Valbuena, Canónigo Lectoral y Rector del Seminario de Badajóz; trabajo que mereció el primer premio en el certamen celebrado por los Católicos de Madrid para conmemorar el centenario decimo tercero de la unidad católica.—Badajoz, 1890.—un tomo en octavo 140 páginas.

DEL PARAISO Tratado del P. Segundo Franco S. J. Version española del Dr. D. Francisco de C. Ribas y Servet Presbítero. Con licencia eclesiástica. Un tomo en octavo de 424 páginas una peseta cincuenta céntimos Librería Católica, Píno 5, Barcelona.

SANTO TOMÁS DE AQUINO Y EL MODERNO RÉGIMEN CONSTITUCIONAL, por D. José Miralles Ibert, Presbítero, licenciado en filosofía y letras, con un prólogo de D. Juan Manuel Ortí y Lara, Catedrático de la Universidad Central y Miembro de la Academia Romana del mismo Santo Doctor. Con licencia eclesiástica.—Madrid, Biblioteca de La Ciencia Cristiana, calle de la Bolsa núm. 1.

LA LECTURA POPULAR.

Esta publicacion tiene por objeto difundir gratis entre el pueblo la sana lectura moral y religiosa, presentándola bajo formas amenas y ligeras para que se propague más facilmente.

La suscripcion se hace por acciones, medias acciones, cuartos y octavos de accion.

Cada accion da derecho á recibir cien ejemplares de cada número ó sean doscientos periódicos al mes, que el accionista reparte por sí entre sus criados, colonos, operarios, feligreses, etc., ó manda distribuir por las aldeas, huertas, caserios, fábricas, escuelas, establecimientos penales y otros centros.

PRECIOS DE SUSCRICION DIRECTA.

Una accion.	4 pesetas mensuales.
Media id.	2 " "
Un cuarto id.	1 " "
Un octavo id.	0'50 " "

Dirigir la correspondencia á D. Pascual Garcia, administrador de este periódico, Orihuela. Puede hacerse tambien la suscripcion en Madrid en la administracion de La Semana Católica, Bolsa 10 y en las demás librerías católicas.